



EL FARO BISBALENSE.

ESTABLECIMIENTO
TIPOGRÁFICO Y EDITORIAL
DE DON ANTONIO DE TORRES.

Taller de encuadernación, pa-
pelería y objetos de escrito-
rio.

Se publica todos los domingos.

Redacción y Administración,
calle de los Arcos, núm. 9.



PRECIOS DE SUSCRIPCION

En La Bisbal 10 rs. trimestre
En los demás puntos del rei-
no 12, franco de porte.
Ultramar y extranjero 20.

Remitidos, y anuncios
etc. linea. 1r.
Suscritores. 15.
Insérta. ó nó, no se de-
vuelve sin original.

PERIODICO CIENTIFICO, LITERARIO E INDUSTRIAL.

EDITOR Y PROPIETARIO: D. ANTONIO DE TORRES.

REDACTORES.

D. Francisco Sala de Pou.
D. Estéban Moret y Molinas.
D. Joaquín Sitjar y Bulceguera.
D. Juan Sitjar y Bulceguera.
D. Antonio de Torres, =El Aredano.

D. José M. Vehí, =X.
D. José Vancells y Marqués.
D. Estéban Llobera y Labertí.
D. Eusebio Planells.
Lea de Monte Leon.
Cantaverdades.

D. Alberto de Quintana.
D. Francisco de P. Franquesa.
D. Francisco Castellví y Pallarés.
D. Antonio Molins y Sírera.
D. José Martí y Folguera.
D. Salvador Genús.

D. Víctor Balaguer.
D. Roberto Robert.
D. Terencio Thos y Codina.
D. Felix M. Falguera.
D. Juan Giné y Partagás.
D. José de Letamendi.

D. Rómulo Moragas y Droz.
D. Cristóbal Cabello y Moledano.
D. Pedro M. Yago.
D. Jacinto Labaila.
D. Joaquín Passolas de Sabater.
D. Ramon Bassols.

D. Federico Mistral.
D. José Roumanille.
D. Juan Brunet.
D. Luis Roumieux.
D. Julio Gaillard.
D. Domingo Guardiola.

LA CIENCIA Y LA CIVILIZACION.

Continuacion.

Así es cómo se fortalecen los móviles y la pujanza del hombre físico y moral, y descubiertas ya por las ciencias las verdaderas bases de los gobiernos y de la felicidad social, pueden estas trasladarse a los climas menos favorecidos por la naturaleza. De esta verdad nos presentan varios ejemplos los siglos modernos, puesto que ya vemos asomar la civilización en las soledades de entrambas Américas y de la Australasia, y algunos gobiernos protectores van quitando ya las trabas que por luengos siglos sujetaron la industria humana, la cual no florece en ningún suelo sin libertad y sin derechos civiles. Trasplantada la libertad en aquellas regiones, vemos a las ciencias atajar los inconvenientes de los climas estremados, convidando a todos los pueblos con los óptimos frutos del ingenio que cultivan los moradores de las regiones templadas. Engrandécese entonces el género humano, y más que nunca se ven centellear ahora las luces intelectuales por todos los términos de la tierra. Si deseamos ver cuanto pueden las ciencias entre las naciones, contemplad a Sesostris instruido por los sabios del antiguo Egipto; ó si esta historia os parece fabulosa de puro antigua, mirad la sabia Grecia luchando en Maraton y Salamina contra todas las fuerzas del Asia. ¡Qué brillante es el triunfo del saber y de la virtud sobre la ferocidad y el despotismo! ¡Cuán superior es la ciudad de Minerva, conducida por los Temistocles y Aristides a la vana y opulenta Persépolis. Vemos más tarde a un discípulo de Sócrates hacer rostro con solo diez mil hombres al gran rey en el centro de sus estados, y al alumno de Aristóteles, arrojarle cual águila impetuosa, a la cabeza de treinta mil guerreros sobre el Asia y el Africa, devorándolas en breve tiempo. ¿Era un hombre ordinario el famoso Epaminondas, salido de la escuela

pitagórica, y de quien es fama que nadie supo más ni habló menos que él? ¿Parecieron indignos del trono Ciro y Mitridates, sabios entre los bárbaros? Lúculo, Catón el antiguo, el segundo Bruto y Catón de Utica salían del polvo de las bibliotecas para tomar el mando de los ejércitos, y volvían coronados de laureles, y nadie ignora que el grande César manejaba la pluma tan bien como la espada. Ciertamente que la ciencia no adulteró el alma de un Camoens ni de un Milton. La ciencia, que abre a nuestra consideración los espacios de los climas y de los siglos, recorriendo los secretos del destino y amaestrándonos con la historia, rígida consejera de los reyes, achica y humilla este prodigioso amor propio que nos envanece. Reduciéndonos a la justa medida que ocupamos en la inmensa escala del mundo, nos muestra lo poco que vale el hombre en la tierra, entonces, sin embargo, pisamos nuestro suelo con noble libertad, pues ya no hace mella en nuestro ánimo el terror de la muerte ó de la desgracia que nos disuadía de la virtud; no de otra suerte se disipan a la repentina luz de las antorchas, las tinieblas de la noche tan terribles por la niñez. ¿No se ha visto honrada en todos tiempos la filosofía con la tenaz persecución de los tiranos? Harto entienden estos que una alma empapada en conceptos grandiosos, jamás se doblegó a las cadenas de la servidumbre, y que salieron vengadores de la inocencia y de la humana dignidad ultrajada, no sólo de las escuelas de los estoicos, sino también de los plácidos jardines de Platon y Epicuro, y hasta de la secta de Pitágoras entre los antiguos.

El valor guerrero ha solicitado casi siempre el esplendor literario, hase visto al bardo y al trovador contemporáneos y émulo de los héroes, cual si fuesen inseparables la gloria de las letras y de las armas, pues la docta Minerva es la misma belicosa Palas. Los siglos que más resplandecieron con el lustre de las ciencias y de las artes, bajo Péricles en Grecia, bajo Au-

gusto en Roma, bajo Leon X en la moderna Italia, y bajo Luis XIV en Francia, fueron testigos de los altos hechos de sus capitanes, que con heroico desnudo hermanaban el talento y la cortesanía. Dirían que los pueblos, bien así como los individuos, alcanzan la edad varonil, en la que brillan el primor de la inteligencia y la pujanza del cuerpo. Los arranques del número proceden de la trascendencia de la sensibilidad y del carácter, el corazón magnánimo derrama esclarecidos pensamientos. Parece que el mismo afán de nombradía enardece al poeta y al conquistador: el primero aspira a reinar sobre el entendimiento, el segundo sobre la voluntad. Aquiles colgaba la lira junto a su espada, y Alejandro pedía a la posteridad otro Homero, y escribía a Aristóteles que deseaba escocer a todos los hombres en saber y conocimientos más bien que en autoridad y poderío. No cabe duda en que más deslumbrará al vulgo el esplendoroso aparato que engalana a los conquistadores y los tronos de los príncipes, que la modesta vida de un sabio estudiando en su retrete, ó escudriñando la naturaleza con sus experimentos en un laboratorio de química ó de física. Es muy cierto que la gran potestad de que disponen los primeros sobre la fortuna y existencia de tantos hombres, los hace parecer cual terribles metéoros que tremolan el terror sobre las cabezas de las naciones. Pero esos dueños de los hombres perecen al tiempo señalado por el destino, y su ceniza permanece estéril sobre la tierra. ¡Cuántas estatuas de Césares y de emperadores yacen sumidas en el cieno! ¡Qué de escombros asoman sobre el solar de alcáceres encumbrados por el orgullo, como las pirámides egipcias, con el sudor y el oro arrebatado a los pueblos! ¡Cuántos nombres de reyes yacen en eterno olvido! Sin embargo, las poesías de Homero viven en su inalterable juventud, más de veinte y seis siglos después, sin haber perdido una sola sílaba, y florecen al par las obras de los bienhechores de la

humanidad, de Hipócrates y de Platon; sus escritos, semejantes al fénix de la fábula, resucitan mil años después de su ceniza, y regalan a otros pueblos, a otros países del globo los beneficios de la civilización, la salud, las luces, la cultura, el talento y la gloria. Si vitoreamos a las naves, que surcando el anchuroso Océano, nos traen el oro, la plata y los diamantes, resplandecientes producciones de ambos mundos, ¿cómo no hemos de idolatrar esas obras del ingenio, que trasponiendo el Océano de los siglos y cargadas de tesoros descubiertos por la docta antigüedad, llegan para enriquecernos, para hacernos conversar con los varones sabios y los inventores de todas las naciones, para entablar íntimo trato entre Arquímedes y Pascal, Demóstenes y Bossuet, Plutarco y Fennel, Virgilio y Racine, como si todas esas almas eminentes, a pesar de las distancias y de los tiempos, no formasen más que una sola república para la instrucción y civilización universal del género humano!

Si bien se considera, la virtud de un Tito y de un Marco Aurelio, el pujante imperio de un Carlomagno, ó las conquistas de un Tamerlan, se desploman y hunden casi siempre con ellos, sobreviniendo densas tinieblas al claro esplendor que esparcieron, pero los descubrimientos, humildes en su principio, de un sabio cuya existencia se ignora, paran a veces en volcar las sociedades florecientes y retumban hasta la última posteridad. ¿Quién creyera que la aguja de marear colocada sobre un eje descubriría un nuevo mundo, derribaría reinos poderosos, y enriqueciera a nuestra Europa con más oro y peregrinas pre-seas que recogieron los romanos en las tres partes del antiguo universo? ¿Qué es una simple mezcla de salitre, azufre y carbon en el laboratorio de un franciscano, como Rogerio Bacon ó Bartoldo Schwartz? Sin embargo, con este humilde experimento químico, la Europa impulsó la ley al resto del mundo, y lanzando rayos a entrambas Indias, dobló la cerviz a los reyes de

las naciones más poderosas. ¡Penétrense pues las gentes de la prepotencia del número que surca y domina los mares, que traspasa y escudriña las entrañas de las rocas, y que se remonta sobre las alas del gas hidrógeno á mayor altura aun que el águila y los rayos del antiguo Júpiter! ¿A quién deben la Europa y sus colonias su actual esplendor y la autoridad que ejercen sobre el globo? ¿a quién los deben, sino es á los beneficios de las ciencias y de la civilización, á esas luces de que la doc- ta antigüedad nos favoreció con tal cual destello, que soterró en sus cenizas la barbarie de la edad media, y que de nuevo exhaló el laborioso ambiente de los sabios de los siglos xv y xvi? Así, pues, la ciencia es el verdadero cetro del poderío del hombre, según lo están manifestando los maravillosos adelantos de la industria, del comercio y de las manufacturas, que desentrañan y se apropian el oro de la tierra, con el cual se conmueven los pueblos y compran ó sujetan los imperios. ¿Ponderen en buen hora la ignorancia ó la envidia la vida del salvaje, los beneficios de la sencilla naturaleza en medio de las selvas, donde el hombre se sustenta con frutos montaraces, y desconoce el embeleso del estado social! Demos que sea feliz en su estado, pero no conocer otro más envidiable. Pero ¿estaremos más bien hallados en medio de un cenagal y al arrimo de un roble, espuestos á las intemperies de la atmósfera, que al resguardo de impenetrable techumbre y en una vivienda que burle el rigor del frío más intenso? ¿No podemos, sin menoscabo de la templanza, anteponer alimentos saludables, cocidos y preparados con aseo, á las carnes crudas y hediondas, tales como las comen los salvajes, que las pleitean con los lobos y los osos? ¿Gozaremos de más cabal salud andando desnudos, espuestos á la crudeza del frío y á los abrasadores rayos de sol, que guareciéndonos de toda intemperie? ¿Quién ignora ya en el día, según el testimonio de los autores más verídicos y según la misma experiencia, que tales hábitos menoscaban ejecutivamente la existencia, que es cortísima, por ejemplo, la de los bravos de la América septentrional, y que su anticipada caduque no puede sobrellevar tan redoblados contratiempos? En efecto, hostigado el salvaje sin cesar por desapiadados elementos, debe sobreponerse ó postrarse á sus embates. De ahí aquella escasez de moradores, aquella menguada población, aquellas débiles facultades multiplicadoras que se notan en los salvajes; de ahí su carácter melancólico, sus odios reconcentrados y sus atroces venganzas, porque la índole se encona y destempera con la desventura, y el hombre que ha de batallar sin descanso con una naturaleza esquiva, cierra su corazón á la blanda piedad. ¿Qué es un indio bravo con sus débiles armas, al lado de un europeo bien vestido, alimentado, armado y equipado? Concedo que el salvaje tenga la vista más perspicaz que nosotros, más fino el oído, más rápida la carrera, pero ¿cuán superiores no somos á estas mismas ventajas naturales del bravío, si echamos mano del anteojo, de la trompetilla acústica y del caballo! Así pues, la ciencia ensancha nuestro imperio sobre la naturaleza, y el hombre civilizado es más poderoso que el bárbaro. ¿Quién sostiene esta incontestable superioridad que ejerce el europeo sobre el bárbaro asiático y africano, sino es la remontada inteligencia que nos conceden el turco y el oriental, el tártaro el indio? No se les oculta á estos pueblos que sólo pueden triunfar con nuestras armas y nuestra táctica, y sobresalir con nuestras artes y nuestros inventos. Aniquiladas esas artes victoriosas, y veréis desaparecer el fausto de los príncipes, la magnificencia de las naciones, sólo subsistirán la hez de la barbarie y los vicios que dimanar de la selvática ferocidad, como

en tiempo del bajo imperio romano, cuando decayeran las ciencias. Entonces llega la despoblación, con la superstición y el despotismo, para consumar la ruina de la sociedad; entronízase entonces la naturaleza bravia, como lo muestran los escombros de las antiguas maravillas de Babilonia, Palmira y Méfis, tristes restos de florecientes imperios, vivificados en lo antiguo por las ciencias, el comercio y la industria del oriente, y hollados en el día por el Beduino errante.

(Se continuará.)

Sección literaria.

MEMORIAS.

Céfiro de la tierra
que vas pasando
del mar hacia la orilla
con vuelo blando;
céfiro amigo,
de mi amor las memorias
lleva contigo.

De la mar á la orilla
dejé mi alma,
trayéndome una pena
que no se calma.
Dí, alma mía,
que espere, tras las sombras,
la luz del día.

Si encuentras una virgen
de faz serena,
de negros ojos, negros
como mi pena,
talle de palma,
graciosa, bella, divina...
esa es mi alma.

CÉCILIO NAVARRO.

Madrid, agosto de 1867.

¡AY, ELVIRETA!

Tot es bell en la ciutat,
tot se presenta brillant
y convida á l'alegría;
tot es rich, tot es hermos!...
Mes... mon cor... no está gojós;
que, trist, anyora á la mia
nineta, mon cor amant,
eixa que l'he enamorat
y que l'fa sospirar tant!...

Brille, donchs, hè pòt brillar
la ciutat, com brilla l'sòl,
—que ab sos rays de foch y d'or
umple lo cel d'hermosura;—
ab tot, jo hi sento amargura,
y sol's hi troba en mon cor
greu tristesa, tan sols dol,
si no puch ja!... admirar
ton esguart... qu' es mon consol!...

TON AYMAJOR.

Barcelona, febrer de 1868.

A UNA NIÑA.

Entre el verde follaje
de la arboleda
trinan aves canoras
sus cantilenas;
cual el del ave
son tus palabras, niña,
tiernos cantares.

Al cazador esperto,
el dulce trino
le revela á do el ave
tiene su nido;
y en su porfía,
al compás de sus cantos
pierde la vida.

También, cándida niña,
si tus palabras
descubren los misterios
que guarda el alma,
envuelta en ellas
perderás, pobre niña,
tu flor más bella.

DOMINGO GUARDIOLA.

Barcelona.

Variedades.

EL CARNAVAL Y LA CUARESMA.

Tienen las sociedades dos épocas, que á pesar de la inmensa distancia que separa la una de la otra, se tocan por lo encontrado de sus extremos.

La una significa el colmo del placer.

Y nos brinda con bailes, fiestas, ruido y algazara.

La otra simboliza el paroxismo del dolor.

Y nos recuerda lo frágil de la vida y las miserias humanas.

La primera habia al cuerpo.

La segunda á el alma.

Aquella nos grita: «rie y goza.»

Esta nos dice: «llora y sufre.»

Son dos polos enteramente opuestos.

Tanto es así que hasta en su parte material se observa esa discrepancia.

El carnaval empieza en domingo y la cuaresma termina en sábado.

De modo que el uno es principio y la otra fin.

Porque el domingo es el primer día de la semana y el sábado el último.

De esta sencilla observación material pueden perfectamente deducirse las diversas tendencias morales de entrambos.

Esas dos entidades, conociendo la importancia de su misión, han concentrado su poder y han cifrado sus esperanzas en un solo día.

El martes de Carnaval y el miércoles de Ceniza.

Ese es el plazo señalado en cada año, para el combate de los dos atletas.

Pero hay que convenir en que la lucha es desigual.

La posición de la Cuaresma es muy desventajosa.

Por otra parte, el Carnaval tiene sinó mejores, más afiladas armas.

Hay más.

El Carnaval faltando á las leyes que autorizan el duelo, y á las prescripciones que lo reglamentan, no sólo ha comprado vilmente los testigos de la Cuaresma, sino que ha invadido su hogar, penetrando hasta en su mismo gabinete, dándole allí la primera estocada.

Digalo sinó la inveterada costumbre del entierro de la sardina.

Examinemos la actitud de ambos rivales.

El martes de Carnaval, satisfecho y orgulloso de sí mismo, á eso de la media noche pasea su altiva mirada, tremolando su triunfante estandarte, al rededor del cual se agrupan en confuso tropel sus locos y frenéticos secuaces.

Desde esa hora su impaciencia no conoce límites.

Salta la valla, y arrollando obstáculos y venciendo dificultades, lánzase furioso sobre su adversario.

Este primer empuje es tanto más terrible, cuanto es menos esperado.

Esta furiosa acometida debe ser fatal al miércoles de Ceniza.

Se comprende.

Parte de un joven brioso, valiente, robusto, lleno de vida y de bullente sangre. Y el miércoles de Ceniza por el contrario.

Es un viejo lánguido, calmoso enfermo, de naturaleza linfática, de mirar apagado y de rostro pálido y macilento.

Su estatura elevada, su cuerpo raquítico y pobre, su rostro demacrado, sus ojos desencajados y sus manos flacas y huesosas, le prestan todo el carácter de un día de vigilia.

El resultado del combate parece que no es dudoso.

Cederá, sí, mal que le pese, á los fuertes y repetidos ataques de su contrario.

El guante está ya echado y la refriega empezada.

Los dos ocupan su puesto de honor.

El martes va ganando terreno.

Arremete siempre con igual furia.

Parece que sus fuerzas se centuplican.

El miércoles únicamente toma la defensiva.

No ataca, pero se defiende.

Convencido de que su adversario le escude en fuerza procura, ganarle con maña.

Es un combate singular.

El uno avanza; pero el otro no cede.

¿Quién vencerá á quién?

Lo veremos.

El golpe decisivo se acerca.

El martes hace prodigios de valor.

Entra, sale, brinca, salta.

El miércoles no pierde tampoco ni un palmo de terreno.

Toma, daca, quita y para.

Llegó ya el momento fatal.

Es de noche y el reloj da las once.

La luna ilumina el rostro de los dos rivales.

El martes parece que presiente su muerte.

Jadeante y rabioso, multiplica las embestidas.

Pero en aquel instante comienza á tambalearse...

Sus ojos se apagan...

Su rostro se torna pálido...

Las piernas le flaquean... y cae al suelo.

El miércoles le había pasado el corazón de una estocada.

La satisfacción de este rayo en locura y se complace en la venganza.

Castiga á los descendientes del martes á cuarenta días de arresto mayor con la precisa condición de enflaquecerse durante esa cuarentena.

Ahora mis lectores no se esplicarán esa supremacía del miércoles sobre del martes. Nada más sencillo.

Al enumerar los defectos físicos del miércoles, nos habíamos olvidado dos buenas cualidades.

Hélas aquí:

El miércoles de Ceniza es flemático y nervioso.

Y como la cuestión de temperamentos influye mucho en el moral del hombre, esa es la razón porque despues del Carnaval se hace necesario que venga la Cuaresma.

El Aredano.

EFEMÉRIDES DE LA SEMANA PASADA.

—1867.—Primera entrevista de Muley-Abbas con el Duque de Tetuan.

—1525.—Batalla de Pavía y prisión de Francisco I, rey de Francia.

—1517.—Nace D. Juan de Austria, vencedor de Lepanto.

—1860.—La escuadra española bate los fuertes de Larache.

—1860.—Llegan á Tetuan los tercios vascongados.

—1208.—Gran eclipse de sol que duró mas de seis horas.

—1808.—Los franceses se apoderaron de la ciudadela de Barcelona.

REMITIDO.

Sr. Director del periódico *El Faro Bisbalense*.

Muy señor mío y dueño: Habiéndome aludido directamente y de un modo ineficaz en el comunicado inserto en el número correspondiente al día 16 de los corrientes del periódico que está bajo la digna dirección de V., no puedo dudar de su imparcialidad para que tenga á bien disponer se continúe en el mismo y á la brevedad posible la contestación que sigue, dándole por ello anticipadamente las gracias este S. S. S. Q. B. S. M.

JOSÉ BASSOLS Y COMAS.

Castellón de Ampurias, febrero de 1868.

Profundamente afectado por los ataques violentos á mi honra dirigidos en el comunicado de fe-

cha 14 del mes actual, firmado por mi compo-
sor D. Ramon Bassols, tomo la pluma, no para
dar los descargos á dicho señor, á quien no con-
cedo superioridad alguna para reclamármelos, si-
no por el respeto que me merece la opinión pú-
blica, ante la cual quedaria mal parada ó por lo
menos empañada mi honra como particular y co-
mo Maestro de enseñanza primaria, si dejase pa-
sar sin contestacion y sin correctivo los calificati-
vos injuriosos, y omitiese la rectificacion de los
hechos que contiene tan virulento comunicado.

Debo declarar, ante todo, que nada contestaré
ahora á las palabras que conceptúo altamente in-
juriosas, por dejar intacta la apreciacion de las
mismas al Tribunal correspondiente, ante el cual
emplazaré al Sr. Bassols; y me limitaré por lo tan-
to á la narracion verídica é imparcial de los he-
chos para que el público juzgue de parte de quien
está la razon.

No me ocurren sino espresiones de la más sin-
cera gratitud al referirme á los señores de la Junta
local, del Magnífico Ayuntamiento y de la Reve-
renda Comudidad, por el esmero y muy recomen-
dable celo con que procuraron presentar el acto
de los exámenes, tanto de las escuelas públicas
como de las privadas de esta villa, con la mayor
pompa y esplendor; pero, como parte interesada,
no me corresponde adelantar mi juicio al que
puede haber formado la Junta local sobre su re-
sultado; ni incurriré, como el Sr. Bassols, en la
notable falta de modestia de alabar á sön de bom-
bo mis propios actos; me limitaré, pues, á narrar
con toda exactitud el incidente que ha dado lugar
al comunicante á desatar su furia y exaltadas pa-
siones contra mi humilde personalidad.

Hallábanse en frente de la pizarra los discípulos
más adelantados de la escuela pública de esta vi-
lla para responder al examen de geometría. La
mesa estaba llena de cuerpos poliedros, tanto re-
gulares como irregulares; los señores de la Junta
y Maestro de la escuela pública hicieron á los ni-
ños, ó sea adultos, pues que ya casi todos pasaban
de 14 años de edad, las preguntas que les pare-
cieron bien, y en este estado D. Ramon Bassols,
quien, no sé con qué título ó autorizacion, repre-
sentaba el papel de gerente de dicha escuela, cla-
vando en mí la vista de una manera provocativa,
dijo en alta voz, que si alguno de los especta-

res deseaba preguntar, podia hacerlo con toda li-
bertad. Me levanté por deferencia á hacer algunas
preguntas sobre la teoria de los cuadriláteros, á lo
que nada respondieron; volvió dicho señor á in-
terpelarme de nuevo, diciéndome que podia es-
tenderme más en examinar á los niños; todo esto
lo espresaba con aquella risita de suficiencia que
le es peculiar. Entonces fué cuando pregunté la
definicion de la esfera, y nó sus propiedades y vo-
lúmen, sin obtener mi pregunta mejor resultado
que las anteriores; viendo lo cual los padre é hijo
Sres. Bassols, esto es, el Maestro y el gerente, se
levantaron furiosos apostrofándome y formando
un inconcebible dúo de descompasados gritos, á
los que contesté con palabras muy mesuradas,
hasta que mandó muy acertadamente el Sr. Pre-
sidente que cesara aquella polémica, como impro-
pia del acto.

No es exacto, y es de ello testigo todo el públi-
co de Castellon que llenaba la sala de exámenes,
que en mis preguntas usara un tono insultante;
conozco el respeto que debo á las Autoridades y
aun á mi profesion para cometer tal falta; las hice
con la mayor naturalidad y con el tono más respec-
tuoso, repitiéndolas y acentuándolas bien para que
pudiesen contestarlas los discípulos del Sr. Bas-
sols; pues ninguna satisfacción me cabia, ni tenia
tampoco la intencion de hacerlos quedar mal, co-
mo maliciosamente supone el comunicante; pero
viendo aquellas figuras geométricas encima de la
mesa, me ocurrió preguntar sus definiciones, las
cuales sabemos por el Sr. Bassols que no entraban
en el programa, y aunque esto sea cierto, prueba
á lo menos lo adelantados que se hallan los niños
de 14 años de la escuela pública de esta villa. Es
verdad que, segun confiesa D. Ramon Bassols, su
señor padre D. Pedro hace ya más de 40 años que
se dedica á la enseñanza, y ha entrado ya en la
caducidad, por lo que no ha de extrañarse tal es-
tado de instruccion en los niños fiados á un Maes-
tro ya caduco, segun dice el comunicante.

Afirma también D. Ramon Bassols, por relacion
que le hizo su predicho señor padre, que en los
exámenes de los niños de la escuela que dirijo
solté el mayor de los absurdos y obligué á los ni-
ños á la resolusion de un disparate. En su deplo-
rable caducidad no podria el Sr. Bassols, padre,
apreciar debidamente el problema de aritmética

que propuse á los niños, y niego que sentara ab-
surdo alguno ni que se resolviera ningun dispa-
rate. Los señores examinadores y el público se
acordarán del problema que fué escrito en la pi-
zarra, y fué resuelto del modo siguiente:

20 albañiles han construido un edificio en 33
dias; 25 albañiles, ¿cuántos dias necesitarán?—28
dias.

$$25 : 20 :: 33 : x$$

$$x = 20 \times 33$$

$$25$$

$$x = 28.$$

Diga, pues el Sr. Bassols en donde se halla el
absurdo y en donde el disparate. ¡Parece imposi-
ble en hombres de la posición y conocimientos de
los Sres. Bassols un encono tan sistemático contra
un jóven y humilde maestro que se halla en el
principio del ejercicio de su carrera! ¿No hubiera
sido preferible que el Sr. Bassols, padre, hubiese
hecho alguna observacion en el acto si habia no-
tado que el problema era equivocado, á que se
estamparen despues en un diario las palabras
absurdo, disparate? Nadie comprenderá ciertamen-
te tan caritativos sentimientos.

Dando ya por concluida la polémica sobre los
exámenes, he de ocuparme, aunque con gran re-
pugnancia, del incidente de la carta que me re-
mitió D. Pedro Bassols, lo cual ha dado lugar á
presentarme al público como un monstruo de in-
gratitud y á calificarme nada menos que de aborto
del Magisterio.

Es verdad que me negué á recibirla tal carta, por
que atendido el carácter agresivo y discutiador del
Sr. Bassols, me figuré que no podia contener nada
conciliable y que deseaba continuar las cuestio-
nes de los exámenes, que daba el que suscribe por
terminadas, y en consecuencia manifesté al por-
tador que no queria ninguna relacion con dicho
Señor. Esto no era falta de respeto, ni usé en mi
contestacion de ninguno de los calificativos deni-
grantes que tan á mano tiene D. Ramon Bassols;
esto no era sino defender mi independencia de
Maestro con título y no querer soportar la tutela
de una persona que ninguna consideracion me
tenia; no siendo tampoco exacto que hiciese mis
estudios con D. Pedro Bassols desde las primeras
letras hasta pisar la Escuela Normal, pues que

antes que él tuve tres otros profesores y desde la
salida de su escuela hasta pisar la Normal pasaron
á lo menos dos años, por cierto que el tiempo que
fui á su escuela lo hubiera aprovechado mejor en
cualquiera otra, sin que esto sea negar al Sr. Bas-
sols su competencia reconocida para la enseñan-
za, sino por razones que, aunque públicas, no
son de este lugar ni corresponden á mi objeto
puramente defensivo.

Concluyo manifestando á D. Ramon Bassols que
se aplique las lecciones que pretende darme so-
bre la actitud que deben guardar los Maestros en
las actuales circunstancias, y que guarde á los de
su clase las consideraciones que pretende pa-
ra él.

Esta es la primera y última contestacion.

J. B.

MERCADO DE LA BISBAL DEL DIA 28.

Trigo.	102 rs.
Mescladizo.	86 »
Habones.	72 »
Habas.	68 »
Arbejas.	64 »
Panizo.	48 »
Maiz.	52 »
Altramuces.	44 »
Cebada.	40 »
Mijo.	52 »
Avena.	33 »
Aceite el mallal.	64 »

Por todo lo no firmado y E. R. Antonio de Torres.

La Bisbal: Imp. de D. Antonio de Torres, calle
de los Arcos, núm. 9.—1868.

y sencilla á un tiempo. ¡Es mi obra, sí, mi obra! ¡Todo mi
cerebro, todo mi corazon! ¿Quién ha sido el amigo de mi glo-
ria que la ha mandado imprimir?

Buscó anheloso la portada, y leyó:

Amor es vida, por Luis Guevara.

Victoriano cayó anodado dentro del ataúd. Hondamente
herido en el más santo y legítimo de sus terrenales amores,
lastimado en sus recuerdos de infancia, en su única y acen-
drada amistad, y en esa irresistible ambicion de gloria que el
genio verdadero, ni aun en el umbral de la eternidad abando-
na; la vida se le presentó como un desierto sin horizonte, cu-
bierto con un sudario inmenso de nieve. Su alma tiritó de frio,
se desmayó de fatiga. El ángel de la muerte le preguntó:

—¿Quiéres descansar en el seno de Dios?

—Sí, murmuró Victoriano con un gemido lastimero; quie-
ro descansar.

El ángel le puso blandamente una mano encima del cora-
zon. Una sonrisa de inefable felicidad floreció en el rostro de
Victoriano, que reflejó las bienaventuranzas todas del cielo:
sus manos se cruzaron por sí mismas sobre su pecho.

Y el ángel de la muerte, mirándole como una madre cari-
ñosa al niño que dormita en su regazo, exclamó con acento de
insondable cariño:

—Hermano, hermano mio: muere y vivirás.

—Nada temas, hermano mio, dijo el mancebo: consolar es
mi destino; vengo á consolarte.

—¿Quién eres? preguntó tímidamente Victoriano. Tus fac-
ciones no son de mortal. Los hombres más buenos no derra-
man como tú las bendiciones del consuelo antes de hablar,
antes de obrar, con sólo presentarse.

—No soy hombre; pero amar al hombre es el más hermo-
so de mis deberes, y una de mis dichas mayores. El Señor
crió las flores para exhalar el perfume, á mí me ha criado para
perfumar los corazones con la divina esencia del amor. Los
lechos de agonía en las moradas de los hombres, en los cam-
pos de batalla, en los llanos, en las cumbres, en todas partes,
son los más sagrados deleites míos. Del moribundo, aparto re-
mordimientos desesperanzados y espectros de memorias crue-
les. Cuento y recojo las lágrimas de la resignada desventura,
y trocadas en perlas inmortales, se las devuelvo, para que en-
guirnalden su frente en las alegrías del cielo. Soy hijo de la
Esperanza bendecida, que tiene su trono al lado del Señor, y
reparte á todos los humanos la única felicidad real que os ha
cabido en suerte durante vuestra peregrinacion por el mundo.
Yo alfombró de frescas flores, y flores sin espinas, la última
cama de los mortales, para hacerles dulce y sosegado el reposo
de la tumba. Muchos desgraciados sienten morir, porque no
me ven al exhalar su postrer aliento, y sus cadavéricas faccio-
nes conservan por esto un aire ceñudo y sombrío. Pero los que
mueren contemplándome, y no resisten mis consolaciones, ca-
dáveres, aun sonrien.

La voz del ángel era una melodía íntima, que resonaba en
lo más escondido del alma, antes de que el oído la pudiese
apreciar.

—Dime, pobre hermano, continuó la vision. ¿Quiéres de-
jar la tumba? ¿Quiéres seguir otra vez por el camino del des-
tino? ¿Quiéres vivir más todavía?

SECCION DE ANUNCIOS.

OBRAS EN PLENIA.

EL TROVADOR DE MONTSERRAT.

POESÍAS CATALANAS COMPLETAS

de

D. VICTOR BALAGUER.

Con la traducción en prosa castellana á la vista.

OBRAS EN VENTA.

LITERATURA,

HISTORIA Y POLÍTICA.

POR

DON JOAQUÍN FRANCISCO PACHECO.

Dos tomos en 4.º, 32 rs.

MÉTODO PRÁCTICO

PAPA LA ENSEÑANZA

DE LA LENGUA CASTELLANA

EN CATALUÑA.

POR D. ODO FOLL.

precio, 8 rs.

Edición de lujo.

JOCHS

FLORALS

DE BARCELONA

en 1867.

ANY IX DE SA RESTAURACIÓ.

Preu: 12 rs.

GRAMÁTICA

DE LA

LENGUA CASTELLANA,

por la

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

Precio 18 rs.

CALENDARI DEL PAGÉS

PER L' ANY

1868.

publicat per lo Institut Agrícola Català de Sant Isidro.

Preu 7 cuartos.

EDICION AUTORIZADA.

DE LA VIRILIDAD

DE LAS CAUSAS DE SU DECADENCIA PREMATURA

É INSTRUCCIONES

para

OBTENER SU COMPLETO RESTABLECIMIENTO.

PRECIO, 12 RS.

EL LIBRO

DE LOS FUMADORES.

REGLAS

PARA HACER DEL TABACO UN USO HIGIENICO Y SALUDABLE.

PRECIO, 2 RS.

Á LA VORA DEL FOCH.

CANTARS Y ARMONÍAS

PER

JOAQUIM ASENSI DE ALCÁNTARA,

AB UN PRÓLECH

DE

FRANCISCO DE MAS Y OTZET.

PREU, 5 RALS.

LAS SET BALADAS,

FETAS PER

FRANCESCH PELAY BRIZ.

Preu 3 rs.

GUIA MÉDICA DEL MATRIMONIO

SEGUIDAS DE DIRECCIONES PERSONALES

DE IMPORTANCIA VITAL

dedicadas

A LOS CASADOS Y SOLTEROS DE AMBOS SEXOS.

escrita en inglés

POR EL DOCTOR J. L. CURTIS

PRECIO, 8 RS.

CALENDARIO

AMERICANO

PARA

1868.

Precio: 4 reales.

— 6 —

—¡Ah! Sí: ¡quiero ver á Carlota! ¡Quiero ver á mi tierno amigo de infancia! A mis compañeros, á mis leales servidores! Quiero ver el campo libre, y las montañas, y los rios, y la casa de mis padres, que era la mia.

—¿Y te quedarás á la puerta de la eternidad sin entrar en ella?

—¡Hágase la voluntad de Dios! Si él lo ordena, en la tumba quedaré.

—¡Bendito seas, eres un justo, merecias ser querubín! Para que tus deseos de vivir se aumenten ó perezcan, hojea el libro de lo futuro, lee en el porvenir.

El ángel arrancó de su cintura un espejo formado de un diamante pulidísimo, de extraordinarias dimensiones y engarzado en un marco de coral, y poniéndole ante los ojos de Victoriano, le dijo:

—¡Mira!

Victoriano miró.

Presentóse á su vista un jardín de acacias; acá y acullá yacían tronchados algunos naranjos de tronco amarillento. Eran pobres inválidos que su dueño condenaba al fuego, pagándoles sus buenos servicios con tan cruel recompensa.

—¡Ah! gritó Victoriano. ¡Mis pobres naranjos! ¡Quién se ha atrevido á maltratarlos así! ¡Ellos, que me han visto nacer; ellos, que habian de ver morir á los hijos de mis hijos!

El jardín se halla atestado de rústicos y aldeanos. Mil hogueras centellaban cerca y lejos. Dulzainas y tamboriles incitaban á bailar á la gente moza. De cuando en cuando, un bullicioso escopeteo atronaba jubilosamente los oídos.

—¿Qué es esto? vociferó Victoriano. ¿Hay fiesta en mi alquería?

Amurallada de árboles frondosos se destacaba una casa enteramente nueva, pues el verde de las persianas, el negro de las barandas y verjas de hierro y el bruñido albayalde de las paredes estaban á medio secar.

— 7 —

—¡Desgraciado de mí! ¿Dónde está la casa de mis padres, la casa en que se meció mi cuna? ¡La han derribado! ¡Han construido otra sobre sus sagrados cimientos!

Victoriano se encontró de repente en un lujoso salon: era riquísimo el mueblaje, y parecia recién salido de los talleres de un hábil ebanista. Una mujer radiante de juventud y belleza, admirablemente vestida con un traje de gasa blanco con vueltas anchísimas color de lila, y una corona de rosas también blancas en la cabeza, sentada enfrente de un espejo veneciano con marco dorado de esquisita labor, ajustaba á sus brazos alabastros unas sargas de perlas orientales con broches de coral y oro. Sonreíase á sí misma con inefable contentamiento, cual si nunca hubiese contemplado su graciosa y espléndida hermosura.

—¡Carlota mia! exclamó Victoriano abriendo los brazos con un ademán de adoración y de infantil gozo, imposible de espresar.

Pero Carlota ni siquiera volvió la cabeza.

Un joven elegantemente vestido, alto, moreno, y de ojos centellantes entró en el salon, se abalanzó á Carlota, y estampó un ósculo larguísimo de amor, de respeto, de sumisión, de paciente deseo y de segura esperanza, en su frente empapada de resplandores.

—¡Luís, amigo mio! ¿Por qué besas á mi mujer? ¿Así pagas una amistad de tanto tiempo? ¿Nada me respondes?

—¡Ah! contestó una voz á su lado; en año y medio, los muertos más queridos se olvidan. Estabas tendido anteayer en tu lecho de muerte, y Carlota y Luís acariciaban ya en sus imaginaciones olvidadizas el proyecto de casarse al cabo de año y medio, sin osar comunicárselo.

—¿Qué libro es este? preguntó Victoriano, viendo un libro abierto encima de un velador, que entre los álbums de terciopelo y nacar que lo rodeaban ostentaba ufano su edición lujosa